

hacienda? Aquí eres huésped y peregrino; en el cielo tienes la patria: remite allá todas tus cosas, par que antes de que las disfrutes, aquí (recojas) recibas la paga. Pues quien sinceramente está alimentado, y confía en lo futuro, éste aquí gustó ya el reino. Nada suele tanto reparar el ánima, y hacerla mejor, que la fundada esperanza de lo futuro, si al enviar allí tus riquezas juntares con el sosiego conveniente el cuidado de tu alma. Pues los que ponen todo su cuidado en el ornato de la casa, ricos en exterioridades, descuidan lo interior, y desprecian el alma suya, desnuda, sucia y llena de telarañas; pero si menospreciando lo exterior pusieren todo empeño acerca de su alma, hermoseándola por todos lados, será el tabernáculo de Cristo el alma de los tales: y ¿qué podría haber jamás más feliz que el que tiene a Cristo huésped? ¿Quieres ser rico? Ten a Dios por amigo, y serás el más rico de todos. ¿Quieres ser rico? no seas altivo. Esto es útil no sólo para lo futuro, sino también para lo de ahora. Pues nada tan aborrecido como el hombre rico: pero cuando se juntare la soberbia, está preparado un doble precipicio, una guerra más despiadada por todos. Mas si supieres vivir modestamente, con la humildad matas la tiranía de la envidia, y bien seguro posees cuanto tienes. Es así la condición de la virtud, nos ayuda no sólo para lo futuro, sino también aquí nos recompensa. Por lo mismo no nos engriamos de las riquezas, ni de ninguna otra cosa. Pues si el que, en las cosas espirituales se ensoberbece, cae y perece, mucho más en las carnales. Pensemos en nuestra condición, contemos los pecados, aprendamos que tal somos, y esto nos bastará para materia (y motivo) de toda humildad.

Y no me digas: Tengo el repuesto de los provechos de tantos y tantos años, innumerables talentos de oro, y diariamente crecen los intereses y ganancias.

CUÁN INCONSTANTES SON LAS RIQUEZAS.— Cuanto alegares, todo lo dirás temerariamente y en balde: muchas veces, en una hora, y en un breve momento del tiempo, como el menudo polvo por el viento huracanado, así son todas estas cosas arrebatadas de la casa. Y la vida está llena de ejemplos de esto, y las Escrituras llenas de estos documentos: hoy rico, mañana pobre. Por esto heme reído muchas veces leyendo los testamentos que decían: aquel tenga el dominio de los campos o de la casa, mas el otro el uso: porque todos tenemos el uso, pero el dominio ninguno. Pues aunque por toda la vida nos duren las riquezas sin mudanza alguna, queramos o no queramos, al morir las cedemos a otros, habiendo tenido solamente el uso de ellas, al partir para aquella

vida despojados y privados del dominio. De donde es manifiesto que el dominio lo tienen sólo aquellos, que aún el uso de las mismas menospreciaron, y se burlaron del fruto. Porque quien desprendido de la hacienda, la reparte a los pobres, usó de la hacienda como era debido, y murió teniendo el dominio de ella, y no se despojó de la posesión ni por la muerte misma, sino que la recibe entonces íntegra, y mucho más, cuando en el día del juicio estará necesitado de su auxilio, y cuando a todos nosotros se nos ha de pedir cuenta de nuestras obras.

Así, pues, si alguno quiere tener de las riquezas la posesión, y el uso, y el dominio, aliviase de todos sus bienes: porque si esto no hace, en la muerte quedará del todo separado de ellos: y aun muchas veces antes de la muerte los pierde todos con peligros y disgustos infinitos.

Ni existe este solo mal, pues la mudanza se verifica de repente en todo y el rico desprevenido para tolerar la pobreza, se ve metido en ella. Mas no así el pobre: pues no confía en el oro y la plata, materias inanimadas, sino en Dios que abundantemente lo da todo. Así es que el rico está más inseguro que no el pobre, ya que experimentaba frecuentes y continuas mudanzas.

Pero ¿qué es esto: “*que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso?*” (I TIMOTEO, 6-17). Todo lo da Dios largamente: las cosas, que son más necesarias que los dineros, como son el aire, el agua, el fuego, el sol, todas las tales cosas. No se puede decir que del sol goza más el rico, y menos el pobre: no se puede afirmar que el rico respira más abundante aire que el pobre, puesto que son bienes comunes e iguales los propuestos. ¿Por qué, pues, los mayores y en verdad más necesarios bienes, los que sustentan la vida, Dios lo hizo comunes; mientras que otros menores y más viles, como son los dineros, no son comunes? ¿Cuál es la razón?—Para que nuestra vida se conserve, y para que tengamos en donde practicar la virtud. Porque si estas cosas necesarias no fuesen comunes, quizás el rico, con la acostumbrada avaricia, habría sofocado a los pobres: que si en las riquezas lo hacen, en aquellos mucho más lo habrían hecho. También, de ser los dineros comunes y a todos por igual propuestos, se habría quitado la ocasión de la limosna y la oportunidad de la caridad.

7. Por tanto, para que vivamos con seguridad, se han hecho comunes para nosotros las causas de la vida; además, para que tengamos ocasión de coronas y alabanzas, no se han hecho universales los dineros, para que aborreciendo la avaricia, y practicando la justicia, repar-

tiendo lo nuestro a los indigentes, tengamos por este camino algún remedio de nuestros pecados.

¿Te hizo Dios rico? ¿Por qué tú te haces pobre? Te hizo rico para que auxilies a los necesitados, para que pagues tus pecados con la liberalidad a otros hecha: te dio dineros, no para que los cierres hasta tu muerte, sino para que los difundas en provecho de tu salud. Por lo cual hizo insegura e inestable la posesión de los mismos, para que mediante esto se disipe la loca intención acerca de ellos. Pues si los que ahora poseen, los que no pueden confiar en ellos, antes bien, observan muchas insidias que nacen de esto, tanto están ardiendo en deseos de ellos; si se hubiese añadido que fueran estables y no caduco, ¿cómo hubieran perdonado? ¿De qué se habrían abstenido? ¿A qué viuda? ¿A qué huérfano? ¿A qué pobres? Por tanto, *no estimemos que las riquezas son un bien grande, puesto que grande bien es no el poseer riquezas, sino el poseer temor y reverencia de Dios.*

Ahora mismo, si hubiese un justo, y que tuviera tanta confianza en Dios, aunque fuera el más pobre de los hombres, podría solucionar los males presentes, pues sería lo bastante el levantar las manos al cielo e invocar a Dios, y esta nube pasaría. Mientras que tanto oro amontonado es, para resolver los males que amenazan, más inútil que el lodo; y no sólo en el actual peligro, sino también si se extendiese una epidemia morbosa, o la muerte, o cosas parecidas, se comprueba la impotente eficacia de las riquezas, y que de suyo no pueden consolar en la adversidad.

Sólo una cosa hay en que las riquezas parecen superar a la pobreza: en nadar en cotidianas delicias y en hartarse voluptuosamente en los convites. Sin embargo, también esto parece suceder en la mesa de los pobres, y éstos disfrutan con más placer que todos los ricos. Y no os admiréis ni tengáis por increíble lo que hase dicho: por la exposición de las cosas os la haré patente. Porque todos conocéis y lo confesáis que en los convites no suele causar placer tanto la clase de platos cuanto la disposición de los comensales; por ejemplo: cuando uno llega a la mesa con hambre gustará más del manjar, lo hallará más agradable que cualquier vianda condimentada y con muchas especias, aunque sea el más corriente; mas cuando se previene a la necesidad y a la gana, como acostumbran los ricos, aunque tenga puestos pasteles, no gozará, al no estar despierto el apetito. Y para que aprendáis que esto es así, vosotros sois testigos, oigamos también la Escritura diciéndolo: *“El que está bien comido, aun de la miel hace*

ascos; pero el hambriento le parece dulce lo amargo" (Proverbios, 27-7). Y, ciertamente, ¿qué hay más dulce que los panales y la miel? Pero, dice, no es grato a quien no tiene gana. Y ¿qué hay más desagradable que los amargos? Y con todo, son dulces a los que están en pobreza.

Y que los pobres se acercan a comer con gana y hambre, y que los ricos no la esperen, es cosa a todos manifiesta; por lo cual no sienten el natural y legítimo placer. Y no en la comida sólo, sino también en la bebida se puede ver: que como en aquella mesa la gana es la que añade el gusto a la clase de manjares, aquí es la sed la que suele hacer la bebida agradabilísima, aunque sea agua sola lo que se bebe. Y el profeta, demostrando esto, decía: "*Y saciólos con la miel que destilaban las peñas*" (SALMO, 80,17). Pero en las Escrituras en parte alguna se leyó que Moisés de una piedra haya hecho brotar miel, sino en todas partes dice ríos, y aguas, y frescos arroyos.— Pues entonces, ¿qué es lo que se dice?, porque la Escritura no miente.— Es que después que los sedientos y cansados de la escasez, dieron en las frescas aguas, queriendo expresar el gusto (con que las bebieron) de la bebida al agua llamó miel, no como si la Naturaleza la hubiera mudado en la de miel, sino por la disposición de los que bebían, la cual hacía las aguas más gratas que la miel. ¿Has comprendido de qué modo suele volver grata la bebida la disposición de quienes beben? Así es que muchos pobres a veces trabajando y fatigados, y abrasados de sed, bebieron el agua con tanto placer; mientras que los ricos bebiendo vino generoso, y esencia de flores, y de muchos grados, y todo cuanto en el vino puede apetecerse, no experimentan el mismo gusto.

8. Mira cómo esto mismo sucede con el sueño. Pues ni la blanda cama, ni el lecho de plata, ni el descanso tomado en aposento cerrado, ni otra cosa alguna parecida suele hacer el sueño dulce y fácil, como el trabajar y cansarse, y acostarse necesitando mucho el sueño y medio dormitando, y esto en verdad atestigua la experiencia; y lo atestigua mejor que la misma experiencia, de las Escrituras la sentencia. Pues Salomón, criado en delicias, al querer demostrar lo mismo, decía: "*Dulcemente duerme el trabajador, ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido*" (ECLESIASTÉS, 5-11). ¿Y por qué añade *ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido*? Ambas dos cosas suelen producir vigilia, la indigencia y la crápula; aquella, desde luego, agotando el cuerpo y haciendo duros los párpados, y no permitiendo que se cie-

rrén; mas ésta impidiendo la respiración, y ahogando, y produciendo muchos dolores; pero la medicina del trabajar es tan grande, que aun estando presentes las dos cosas puede dormir el siervo. Porque como los siervos (o criados) durante todo el día andan sirviendo a sus amos, castigados, trabajados y sin descansar un momento, toman el suficiente descanso y la retribución de su labor en el placer del sueño.

Y esto ha hecho la benignidad de Dios, que estos placeres puedan comprarse, no con oro ni plata, sino con cansancio, con molestias, con toda necesidad y con toda penalidad. Mas no así los ricos: que acostados en blandos lechos pasan muchas veces toda la noche sin dormir, y con idear muchas cosas, no logran tal placer. Mas el pobre, al dar de mano a la labor cotidiana, teniendo fatigados los miembros, antes que se haya acostado toma un sueño íntegro, suave y legítimo, percibiendo esta no pequeña recompensa bien ganada de sus trabajos. Siendo, pues, así, que el pobre duerme, y come, y bebe más a placer, ¿por qué motivo las riquezas han de ser más estimadas, si de la prerrogativa que sobre la pobreza parecían tener, aun de ella están privadas? Por lo cual ya en el principio Dios juntó al hombre con el trabajo, no en pena ni castigo, sino para dirigirle y enseñarle. Adán cayó y perdió el paraíso cuando vivía vida no laboriosa: cuando Pablo llevaba vida de trabajo y miserable, y decía: "*En trabajos y miserias*" (2 CORINTIOS, 11-27), fue arrebatado del paraíso, y subió al tercer cielo. Por tanto, ni rechacemos el trabajo, ni vituperemos el trabajar. Porque antes del reino de los cielos recibimos aquí un premio muy grande, gustando el placer en la misma cosa, y no tan sólo placer, sino lo que vale mucho más que el placer, la riquísima salud. Puesto que a los ricos, fuera del hastío, invaden muchas enfermedades; cuando los pobres están libres de necesitar médicos. Y si alguna vez caen enfermos, pronto se restablecen, libres de toda pereza, teniendo robustos los cuerpos.

LA POBREZA PARA LOS QUE SABEN SOBRELLEVARLA ES UNA GRANDE POSESIÓN.— Grande posesión es la pobreza para los que sabiamente la soportan, tesoro que no puede ser robado, apoyo firmísimo, propiedad garantizada de peligros, posada defendida de asechanzas.

Pero se opone: el pobre es oprimido; pero el rico aguanta mayores insidias. El pobre es despreciado y contumeliado; pero el rico es envidiado, odiado. El pobre no es tan expugnable como el rico, que da infinitas ocasiones al diablo y a los que arman asechanzas, esclavos de todo por la mucha abundancia de cosas: puesto en la indigencia de muchos, se ve obligado a lisonjear a muchos y a servir con grande

liberalidad: mientras que el pobre, si sabe discurrir, no puede ser expugnado ni por el mismo diablo.

Por esto Job, siendo fuerte antes de esto, después que todo lo perdió, entonces se hizo más fuerte, y consiguió una egregia victoria contra el diablo.

Pero además, el pobre ni tiene por qué soportar injuria, si supiere filosofar. Pues lo que dije del placer, que no está en los manjares servidos, sino en la disposición afectiva de los que comen, esto mismo digo de la contumelia, porque la contumelia no consiste o deja de consistir en la frase de los que la profieren, sino en el sentimiento de los que la sufren. Por ejemplo: ¿alguien ha dicho contra ti muchas cosas infamantes? Si te rieres de las contumelias, si no regieres las palabras, y te sobrepones a la herida, no has padecido contumelia. Y lo mismo, que si tuviéramos el cuerpo de diamante, aunque fuésemos acometidos con mil dardos por todas partes, con todo no recibiríamos heridas, porque las heridas no se hacen por la mano que arroja los dardos, sino que se causan en los cuerpos que padecen las heridas; así, aquí también: las injurias y contumelias se causan, no por la insania de los insolentes, sino por debilidad de los pacientes. Que si sabemos filosofar, ni podemos ser injuriados de contumelia, ni padecer cosa grave. Alguien ha inferido una injuria, ¿no la has oído ni sentido? No has padecido la injuria, antes bien, más has herido que no has sido herido. Porque el que injurió, cuando haya visto, que la herida no alcanza al ánimo de los pacientes, él es devorado primera y mayormente; y al callar los que padecen la contumelia, de su peso el azote de las injurias se vuelve contra quien las infería.

9. Carísimos: filosofemos en todo, y en nada podrá la pobreza dañarnos; antes bien, ayudará grandemente, y nos hará esclarecidos, y más sobrados que los mismos ricos. Dime: ¿quién más pobre que Elías? Pero por esto superaba a todos los ricos, porque siendo tan pobre, eligió la misma pobreza por la opulencia de su alma. Y es que estimó toda la abundancia de las riquezas inferior a la grandeza de su alma, e indigna de su filosofía; por eso abrazó tanta pobreza. Que si hubiese apreciado las cosas materiales, no hubiera poseído sólo el vestido melota; pero así condenó la vanidad de la vida y despreció todo el oro como vil lodo, para no tener nada más que aquel único vestido. Pero con eso el rey necesitaba del pobre, y ansiaba las palabras de quien no tenía más que su zamarra o melota el que tenía tanto oro: tanto era más espléndida que la púrpura la zamarra, y que los

salones regios la cueva del justo. Por lo cual cuando subía al cielo, nada más dejó al discípulo que la zamarra (4 REYES, 2). Con ésta, dijo, luché con el diablo, y tú tomarás esta armadura contra él. Que la pobreza es un acerado dardo, una fortaleza inexpugnable, una torre invencible. Eliseo recibió la melota como la más grande herencia, y en verdad fue la máxima herencia más preciosa que todo el oro. Y después de esto aquel Elías era doble, de manera que arriba estaba Elías y abajo estaba Elías. Pues ¿qué, si os demostrare que cuantos estamos imbuidos de los sagrados misterios hemos recibido otra cosa mucho mayor que aquella (melota)?

TEXTO INSIGNE SOBRE LA VERDAD DE LA SANTA EUCARISTÍA— Porque Elías dejó al discípulo la melota; pero el Hijo de Dios, al ascender, nos dejó su carne; mas Elías despojado, y Cristo nos la dejó, y teniéndola subió. Así que no decaigamos de ánimo, ni nos lamentemos, ni temamos las dificultades de los tiempos. Que quien no rehusó el derramar su sangre por todos, y el darnos su carne, y de nuevo nos ha comunicado la misma sangre. ¿qué rehusará hacer por nuestra salvación? Firmes, pues, en esta esperanza roguémosle continuamente y con preces y súplicas ocupémonos, y pongamos toda diligencia en la práctica de toda virtud, para que huyamos el peligro que amenaza, y consigamos los bienes futuros, de los cuales todos nosotros seamos dignos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre justamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA III

SUMARIO.— Advertencias y análisis de la Homilía III.

1. S. Flaviano, obispo de Antioquía, como buen Pastor, marcha a Constantinopla para aplacar al Emperador. Elogio de este santo obispo. Confianza inspirada en la persona de Flaviano, en su prudente exposición, en la eficacia de sus ruegos al Emperador y a Dios. Alabanza de Antioquía.

2. Confiemos, no obstante, mejor en la misericordia de Dios: sigue elogiando la ciudad. Roguemos a Dios, que vehementemente desea que acudamos a El. Repitamos la oración de Ester en favor del obispo. Poder sacerdotal.

3. El ayuno, poderoso medio de conseguir la liberación y la salvación. Símbolos: del invierno y la primavera, del soldado, del labrador, del navegante, del viajero, del atleta. Mas la utilidad del ayuno es nula si no nos abstenemos de los vicios. El ayuno es medicina moral muy útil, si se usa como es debido.

4. Ejemplo del ayuno de los Ninivitas. La mudanza total de la vida y costumbres. En esto consisten el verdadero ayuno. Abstinencia de los ojos y de los oídos.

5. Abstinencia de la boca y lengua: de la murmuración y efectos en quien murmura y en quien oye murmurar. No lo digas a nadie. Hay que evitar la murmuración.

6. La murmuración agrava los pecados: Dios dictará la sentencia por el juicio nuestro sobre los demás. ¿De qué hemos de abstenernos? Calamidad de Antioquía. Misericordia de Dios. Terremotos en Antioquía. Exhortación moral. Promesa condicionada de liberación.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Esta homilía fue pronunciada el Domingo de Quincuagésima, día 7 de marzo de 387.

2.^a Contiene un elogio de S. Flaviano, obispo sucesor de S. Melecio desde 381, Pastor admirable y ejemplar.

3.^a De nuevo ensalza a su ciudad de Antioquía por sus fundadores Bernabé, Pablo, según es de ver en los HECHOS APOSTÓLICOS, capítulo XI, vv. 22 y 25; por los profetas y doctores que ayudaron a los fundadores, como son Agabo, v. 28, y en el capítulo XIII, v. I, se lee: "*Había en la Iglesia de Antioquía varios profetas y doctores, de cuyo número eran Bernabé y Simón, llamado el Negro, y Lucio de Cirene, y Manahem, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo*", todos varones famosos; "*e instruyeron, durante un año, a tanta multitud de gentes, que aquí en Antioquía fue donde los discípulos empezaron a llamarse cristianos*" (HECHOS APOSTÓLICOS, X-26).

4.^a En Antioquía, ciudad situada a los 36° y 10' latitud N., y a 36° y 6' longitud E., a orillas del río Oronte, S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, estableció su primera Cátedra. "*Y cuando vino Cefas a Antioquía*", dice Pablo a los GÁLATAS, 2-1).

* * *

1. FLAVIANO HABÍA MARCHADO A CONSTANTINOPLA PARA APLACAR AL EMPERADOR. Cuando miro esta cátedra desocupada y vacía del maestro, gózome simultáneamente y derramo lágrimas: sí, lloro, porque no veo presente al padre; y me gozo, porque habiendo partido por causa de nuestra salvación, sólo se fue para librar al pueblo tan grande de las iras del Emperador. Esto es a la vez vuestro ornamento, y su corona, y es su corona, porque tan benigno es para con sus hijos, y porque ha confirmado de obra lo dicho por Cristo. Pues al oír aquello de "*el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas*" (JUAN, 10-11), marchó por todos vosotros, para exponer su vida, aunque muchas cosas había que le prohibían marchar, y le apremiaban a quedarse: primeramente su avanzada edad, que toca en senectud; después, la debilidad corporal, y la época del año, y la inminencia del santo tiempo (de la celebración de la Cuaresma y Pascua), y añadido a todo esto que su única hermana se halla moribunda. Pero no obstante, ha pospuesto no sólo la consanguinidad, sino también la ancianidad, y la debilidad, y la inclemencia del tiempo, y la aspereza del camino, y anteponiendo a todo esto vuestra salvación, y a vosotros, rompió todos estos vínculos, y lo mismo que un joven se mueve el anciano, que ha tomado alas por la grandeza del alma. Pues se ha dicho: Si Cristo se entregó por nosotros, ¿qué excusa ni perdón podremos tener, teniendo encomendada la guarda de pueblo tan grande, y no eligiendo tanto el hacer, como el sufrirlo todo para la (salvación o) seguridad de los que se nos han encomendado? Porque, añadió, si el patriarca Jacob, puesto al frente de los ganados, apacentando las ovejas irracionales, y para dar cuenta a un hombre, pasaba las noches desvelado, y aguantaba calores y fríos y todas las molestias de la intemperie del aire, para que ninguno de aquellos animales pereciese (GÉNESIS, 29), mucho más nosotros, que estamos al frente, no de irracionales, sino de espirituales ovejas, y que tenemos que dar cuenta, no a un hombre, sino a Dios, de nuestra prefectura, no podemos emperezar sin eludir nada de cuanto pueda ayudar a la grey. Pero esta grey, cuanto es mejor que aquélla, es decir: los hombres que los brutos, y Dios que

los hombres, tanto más obligados estamos a poner mayor y más vehementemente empeño y diligencia.

Hase él dado cuenta de que no se trata el negocio de una su ciudad, sino el de todo el Oriente. Puesto que las ciudades de Oriente es nuestra ciudad la capital y la madre; por este motivo se ha expuesto a todo peligro, y nada pudo retenerlo aquí. Por tanto, confío tener buenas oportunidades de esperanza, porque Dios no dejará de atender tanta solicitud y cuidado, ni permitirá que vuelva su siervo sin acabar las cosas. Yo sé que puesto en presencia de tan grande y religioso Emperador, al ser visto, con sola su presencia, al momento podrá calmar la ira. porque de los santos, no tan sólo las palabras, sino la misma presencia está llena de gracia espiritual, y siendo perito en leyes divinas, dirá lo que Moisés a Dios ¹: *Si dimittis quidem ipsius peccatum, dimitte; si non autem et me occide cum ipsis* (EXODO, 32-31, 32), ya que les perdones el pecado, perdónaselo; y si no márame con ellos. Pues así son las entrañas de los santos; estiman más dulce la muerte con los hijos que la vida sin ellos.

Añadirá la circunstancia favorable del tiempo, y propondrá la santa Pascua, hará conmemoración del tiempo en que Cristo perdonó los pecados al orbe de la tierra; exhortará a imitar al Señor, y le amonestará con la parábola de los diez mil talentos y de los cien denarios. Conozco la valentía de nuestro Padre, no dudará en ponerle terror con ella y decir: Cuida que en el mismo día no tengas que oír: “¡Oh criado inicuo! Yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero”. (MATEO, 18-32, 33). A ti aprovecha más que a ella (a la ciudad); con el perdón de pocos pecados, recibirás el que se te perdonen los más, y mayores. Agregaré a lo dicho también la oración, que le habían enseñado los que le iniciaron en los misterios sagrados, para decirla rezando: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (MATEO, 6-12). Además expondrá que no ha sido un pecado (crimen) común de la ciudad, sino de algunos extraños y peregrinos, que no hacen cosa a derechas, sino audaces y grandes criminales; y que no es justo que, por la temeridad de estos pocos, sea la ciudad destruida, y los que ningún mal han hecho pa-

1.- El texto de la Vulgate dice: *Aut dimitte eis hunc noxam, out si non facis, dele me de libro tuo quem scripsisti* = o perdónales esta culpa; o si no lo haces, bórrame del Libro tuyo que tienes escrito.

guen la pena. Por otra parte, aunque todos hubieran pecado, hubieran pagado la pena merecida, al estar tantos días consumidos de miedo, presumiendo diariamente que van a morir, empujados (atropellados), desterrados, viviendo más miserablemente que los reos, con la vida en un hilo y sin esperanza alguna de salvarla. Ten por suficiente este castigo: no procedas ya más airado: hazte propicio al Juez Supremo con la humanidad (mansedumbre) para con tus consiervos: reflexiona en la importancia de la ciudad, y que no se trata de una, o de dos, o de tres, o de diez almas, sino de millares e infinitas, de la capital del orbe. Esta es la ciudad en que por vez primera nos llamamos cristianos: honra a Cristo, respeta a la que primera predicó a todos este deseable y dulce nombre: ella ha sido tabernáculo de Apóstoles, morada de justos. Es la primera, la única vez que se ha perpetrado un crimen contra los príncipes, como todo el tiempo pasado es testigo de sus costumbres. Porque si de continuo promoviera sediciones, justo sería castigar la maldad; mas si esto ha sucedido una sola vez en tanto tiempo, cierto es que el crimen no corresponde a las costumbres de la ciudad, sino a los que con osadía y temeridad han irrumpido en la ciudad.

2. El obispo ha de decir éstas y muchas más cosas con gran valor: el Emperador las oirá: éste es humano, y aquél es fiel, por lo cual de ambas partes tenemos buenas esperanzas. Mas, empero, que en la defensa del maestro, y que en la benignidad del Emperador, confiamos en la misericordia de Dios: porque aun rogado el Emperador, aun rogando el sacerdote, será El intermediario, que ablande el corazón del Emperador, que mueva la lengua del sacerdote, secundando la palabra de éste, preparando la mente de aquél, para que reciba con indulgencia la exposición y conceda las peticiones.

Porque de todas las ciudades es la nuestra la más esclarecida en Cristo, tanto por la virtud de los (fundadores) progenitores, como por la de vosotros; y así como entre los apóstoles Pedro fue el primero en predicar a Cristo, así entre las ciudades fue ésta la primera que, cual corona admirable, usó el nombre de Cristianos. Pues si donde hubiera sólo diez justos, prometió Dios que dejaría salvos a todos los habitantes (GÉNESIS, 18-32), donde no diez, ni veinte, ni el doble solamente, sino muchos más son los que adoran a Dios, ¿cómo no hemos de esperar buen éxito, y tener confianza en la común liberación de todos los nuestros?

Ya he oído a muchos que decían: *Como el rugido del león, tal es*

la ira del Rey (PROVERBIOS, 19-12), y que decaían de ánimo y se lamentaban. ¿Qué diremos contrario a ellos? El que dijo: *Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito, el león comerá paja como el buey* (ISAÍAS, 11-6, 7), también podrá hacer a este león manso como un cordero. Roguémosle, pues, y enviémosle embajadas, y luego cambiará el ánimo del Emperador, y nos dejará libres de toda esta angustia actual. El Padre (obispo) desempeña allí su cometido, nosotros aquí enviémosle al rey de los cielos embajadas, ayudémosle con preces. Mucho puede la comunión de la Iglesia, si con alma arrepentida y corazón contrito enviamos preces. No hay que pasar el mar, no hay que hacer larga peregrinación: todos y cada uno, bien acudiendo a la Iglesia, bien permaneciendo en casa, invoquemos a Dios con mucha devoción y completamente nos concederá lo pedido.

DIOS GRANDEMENTE DESEA QUE LOS HOMBRES ACUDAN A EL. ¿De dónde esto es manifiesto? Porque vehementemente quiere que nos acojamos siempre a El, que en todo le roguemos y que no hagamos ni digamos cosa sin El. Porque los hombres, cuando asiduamente les molestamos por algún asunto nuestro se entorpecen, y lo eluden, y lo llevan a mal; mas Dios, todo lo contrario; no porque de continuo acudimos a El para nuestros asuntos, sino porque no lo hacemos, por esto grandemente se indigna. Escucha si no lo que a los judíos opone al decir: *Formáis designios, sin contar conmigo, y urdís una tela, y no según mis deseo* (ISAÍAS, 30-1).

Tal es la costumbre de los amantes: gustan llevar por sí mismos los negocios de los amados, y que sin intervenir ellos nada se haga ni se diga. Por esto aun Dios, no aquí sólo, sino también en otros lugares, repetidamente echa esto en cara diciendo: *Ellos reinaron, pero no por mí; fueron príncipes, mas yo no los reconocí* (OSEAS, 8-4). Por tanto, no emperecemos para acudir a El de continuo, y por arduo que sea, tendrá ciertamente el oportuno remedio. ¿Te atemorizó un hombre? Acude al soberano Señor, y nada grave padecerás: así los antiguos alejaban las calamidades, no sólo los varones, sino también las mujeres.

Hubo una mujer hebrea, llamada Ester: esta Ester a todo el pueblo de los judíos, que había de ser exterminado, librólo así. Después que el rey de los persas hubo decretado que todos los judíos a la vez fuesen matados, no habiendo uno capaz de oponerse a la ira de aquél, una mujer despojada de los espléndidos vestidos, y cubierta con un

saco, y empolvada con ceniza, suplicaba a la divina clemencia que entrase con ella al rey, y oraba así: *Pon en mí palabras discretas así que me presente al león (Asuero) y muda su corazón (ESTER, 14-13).*

Esto pidamos nosotros para nuestro maestro. Porque si una mujer suplicante en favor de los judíos pudo contener el furor del bárbaro, mucho mejor nuestro doctor, suplicando por esta gran ciudad, y con Iglesia tan grande, podrá doblegar a este benignísimo y mansísimo Emperador. Porque si recibió el poder de perdonar los pecados contra Dios, mucho más podrá borrar y destruir los cometidos contra el hombre.

También él es príncipe, y en verdad más digno de honor que aquél, porque las mismas leyes sagradas pusieron la misma real cabeza bajo las manos de éste, y cuando se pretende conseguir del cielo algo bueno, se acostumbró que el rey acuda al sacerdote y no el sacerdote al rey. Además, él está vestido con loriga de justicia, y le ciñe el cingulo de la verdad, y calza más hermosamente los pies con el evangelio de la paz, y tiene espada, no de acero, sino de espíritu, y tiene corona puesta en su cabeza. Más espléndida es esta armadura, más preciosas estas armas, mayor es la confianza, mayor la fuerza. Así, pues, ya por la magnitud del principado, ya por la propia grandeza, y más que todo, por la firme confianza en Dios, hablará con mucha valentía y prudencia al Emperador.

3. Así, pues, no desesperemos de nuestra salud; pero supliquemos, recemos, pidamos, oremos y enviemos embajadas al Rey supremo con muchas lágrimas, y tenemos el ayuno, que coopera en esto, y nos acompaña en esta hermosa legación. Así, pues, como pasado el invierno, y al aparecer la primavera, el marino echa al mar la nave, el soldado limpia las armas y prepara el caballo para la guerra, el labrador afila la hoz, el caminante viajero lleno de esperanza emprende largo camino, y el púgil se despoja para los certámenes y se desnuda, así nosotros, al llegar el ayuno, primavera espiritual, limpiemos las armas, como el soldado; afilemos las hoces, como el labrador, y como navegantes, luchemos contra el oleaje de absurdas codicias, y como viajeros, tomemos el camino del cielo, y como atletas, despojémonos para las luchas, porque el fiel es labrador, gobernador, soldado, atleta y viajero. También Pablo dijo: *No es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra... Por tanto, tomad las armas de Dios (EFESIOS, 6-12, 13).*

¿Has visto al atleta? ¿Has visto al soldado? Si eres atleta, desnudo

has de saltar al combate; si soldado, es necesario que te presentes armado para la pelea. Pero, ¿cómo pueden ambas cosas estar juntas, estar desnudo y no estar desnudo, estar vestido y no estarlo? ¿De qué modo? Lo diré. Despójate de los negocios de la vida, y quedas hecho un atleta; viste las armas espirituales, y estás hecho un soldado. Desnúdate de los afanes de la vida, que es tiempo de pelea; toma, viste las armas del espíritu, que se ha declarado grande guerra contra los demonios. Por tanto, hay que estar desnudo para no dar al diablo ocasión alguna de agarrarnos al luchar, y estar armado por completo, para que no recibamos por ningún lado una herida mortal. Cultiva tu alma y corta las espinas; siembra simiente de piedad, planta las hermosas ideas filosóficas, y con mucha diligencia bina, y estás hecho un labrador, y a ti dirá Pablo: *"El labrador para recibir los frutos es menester que trabaje primero"* (2 TIMOTEO, 2-6). Y en esto se ocupaba él; por eso al escribir a los Corintios decía: *"Yo planté, regó Apolo; pero Dios ha dado el crecer"* (1 CORINTIOS, 3-6).

Agua tu hoz, que embotaste por la crápula, agúzala con el ayuno, emprende el camino que conduce al cielo, la áspera y estrecha senda toma y anda. Y ¿cómo podrás alcanzarla y andarla? Castigando tu cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, porque cuanto el paso es estrecho, es un grande estorbo la obesidad corporal nacida de la crápula. Reprime las desbordadas olas de las concupiscencias: rechaza los fríos de los malos pensamientos, cuida la nave, manifiesta gran pericia y quedas convertido en marino capitán. Y de todos ellos tenemos por asunto y maestro al ayuno, al ayuno digo, no este vulgar, sino al ayuno con diligente cuidado: por la *abstinencia, más que de los manjares, de los pecados*, porque no es la materialidad del ayuno lo que puede librar a los que ayunan, a no ser que esté practicado según conveniente ley. Porque dice: el atleta *"no es coronado si no lidiare según las leyes"* (2 TIMOTEO, 2-5). Por tanto, no vayamos a perder la corona del ayuno entre las privaciones del ayuno, aprendamos de qué modo y manera debemos tratar este negocio, porque también el fariseo aquel ayunó, mas después de aquel ayuno salió vacío y sin los frutos del ayuno: el publicano no ayunó, y no ayunando precedió al fariseo que ayunaba (LUCAS, 18-10 a 14), para que te percares de que la utilidad del ayuno es nula, como no vaya acompañado de las demás (virtudes y obras buenas).

NINGUN ES LA UTILIDAD DEL AYUNO SI NO NOS ABSTENEMOS DE LOS VICIOS. Ayunaron los Ninivitas y movieron a compasión a Dios; tam-

bién ayunaron los judíos, y nada adelantaron, sino que se retiraron inculpados. Ya, pues, que hay tanto peligro del ayuno para los que desconocen cómo se tiene que ayunar, *aprendamos las leyes del ayuno*, para que no vayamos inciertos, no azotemos el aire, no contendamos luchando con una sombra. Medicina es el ayuno, pero la medicina, aunque mil veces sea útil, a veces se inutiliza por la impericia de quien la usa, porque es preciso conocer ya el tiempo en que se necesita darla, ya la cantidad del medicamento, ya la temperatura del cuerpo, el clima de la región, el tiempo del año, el régimen de comidas y muchas otras cosas: de las cuales si alguna se hubiere descuidado, dañará a todas las restantes dichas. Pues si para medicinar al cuerpo ha de tenerse tan grande diligencia, mucho más cuando curemos el alma y medicinemos los pensamientos, es necesario que todo se escudriñe y se considere con toda diligencia.

4. Veamos, pues, cómo ayunaron los Ninivitas y cómo quedaron libres de aquella amenaza: *“Ni hombres ni bestias nada coman; no salgan a pacer ni a beber los bueyes y ganados”* (JONÁS, 3-7). ¿Qué respondes? Dime. ¿Ayunan los brutos y los caballos, y los mulos se visten de saco? Sí, dice, pues así como cuando ha muerto un rico los allegados mandan acompañar al sepulcro, no sólo los siervos y esclavas, sino también los caballos vestidos de luto entregan a los palafreneros, en manifestación de la grande calamidad y para mover a todos a compadecerse, así también en aquella ciudad, que estaba en peligro extremo, cubrieron de saco a los animales brutos y los sometieron a la pena del ayuno. No pueden los brutos conocer la ira de Dios por las amenazas; conozcan por el hambre que Dios manda este castigo; porque, añade, si la ciudad fuese destruida, no solamente de nosotros que la habitamos, sino que también de ellos, sería común la sepultura. Así que los que tendrían parte en la pena, tengan también parte en el ayuno.

Y además hicieron entonces otra cosa, que también los profetas hacen, porque ellos, cuando veían que algún azote intolerable venía de lo alto, y que los que habían de ser castigados sin remedio estaban desesperados, llenos de consternación, indignos de perdón y de excusa, y ni les quedaban nada por hacer, ni de donde patrocinar a los sentenciados, recurren a los brutos, y llorando la muerte de aquéllos, de éstos nacen súplicas, exponiendo la miserable y luctuosa muerte de los mismos. Porque habiendo antiguamente alcanzado a los judíos el hambre, y como una gran sequía se dejase sentir en la región, y todo

se consumiera, uno de los profetas decía: “¿Cómo es que gimen las bestias y mugen las vacas del hato? Porque no tienen pasto, y hasta los rebaños de las ovejas están pereciendo. Aun las mismas bestias del campo levantan los ojos hacia ti, como la tierra sedienta de agua” (JOEL, 1-18, 20). Otro, deplorando los males originados de la sequía, otra vez decía: “Pues hasta la cierva, después de haber parido en el campo, abandona la cría por falta de hierba, y los asnos bravíos se ponen encima de los riscos, atraen a sí el aire, como los dragones, y ha desfallecido la luz de sus ojos por no haber hierba” (JEREMÍAS, 14-5, 6). Por esto hoy habéis oído a Joel que dice: “Haced venir los párvulos y los niños de pecho” (JOEL, 2-16). “Salga del lecho nupcial el esposo, y de su tálamo la esposa. Haced venir los párvulos y los niños de pecho” (Joel, 2-16). ¿Por qué, dime, por qué causa llama a la oración la edad no madura? ¿Acaso no es cierto que por la misma razón? Pues, ya que todos los de edad madura enojaron a Dios, y le provocaron a ira, que la edad libre de pecados venga a suplicar al que está airado.

Mas como decía, veamos qué es lo que al fin amansó aquella inevitable ira: ¿acaso el ayuno y el cilicio solamente? De ningún modo: fue *la mudanza total de la vida*. ¿De dónde lo sabemos? De las mismas palabras del Profeta. Pues habiendo hablado de la ira de Dios y del ayuno de aquéllos, él mismo, al expresar el perdón y la causa de él, dice así: “Viendo, pues, Dios las obras que hacían” (JONÁS, 3-10). ¿Cuáles obras? ¿Que ayunaron? ¿Que vistieron cilicio? Nada de esto, sino que, callando todo esto, alegó: “Y como se había convertido de su mala vida, movióse a misericordia y no les envió los males que había decretado” (JONÁS, 3-10). ¿Ves cómo no el ayuno libró del peligro, sino la mudanza de la vida aplacó a Dios y le hizo benévolo a los bárbaros?

VERDADERA NATURALEZA DEL AYUNO. Esto he dicho, no para que menospreciemos el ayuno, sino para que lo honremos, porque el honor del ayuno no está en abstenerse de manjares, sino en la fuga de pecados. De tal modo que quien defina el ayuno sólo por la abstinencia de los manjares, éste grandemente lo vitupera. ¿Ayunas? Muéstrame lo con las mismas obras. ¿Cuáles obras?, preguntas. Si vieres a un pobre, compadécete; si te encuentras un enemigo, reconcílate; si te encuentras con una belleza de mujer, pasa sin darle importancia. No ayude sólo la boca, sino también los ojos, los oídos, los pies, las manos, y todos los miembros de nuestro cuerpo ayunen.

Ayunen las manos, limpias de rapiña y de avaricia; ayunen los pies, prohibiéndose el acudir a espectáculos ilícitos; ayunen los ojos, aprendiendo a no abalanzarse con brillantes miradas y a no mirar curiosamente ajenas hermosuras. Que el pasto de los ojos es la mirada, y como sea ilícita y prohibida, daña al ayuno y trastorna toda la salud del alma; pero si es legítima y permitida, adorna el ayuno. Sería una cosa muy absurda, al tomar alimento, abstenerse hasta de los manjares permitidos, por el ayuno, y usando los ojos tocar hasta lo prohibido. ¿No comes carnes? No tomes tampoco lascivia por los ojos.

Ayune también el oído, y el ayuno de los oídos está en no escuchar detracciones y calumnias. Porque dice: "*No des oído a calumniadores*" (Exodo, 23-1).

5. Ayune asimismo la boca de palabras torpes y de injurias. Porque, ¿qué utilidad hay en que nos abstengamos, sí, de comer aves y peces, si empero mordemos y comemos a los hermanos? El murmurador come las carnes de los hermanos, muerde la carne del prójimo, y por esto Pablo aterrizó cuando decía: "*Que si unos a otros os mordéis y roéis, mirad no os destruyáis los unos a los otros*" (Gálatas, 5-15).

No clavaste los dientes en la carne, sino en el alma con la maledicencia, clavaste la ímproba sospecha, heriste, causando males sin cuento, a ti, a él y a muchos otros, porque al calumniar al prójimo empeoraste al oyente, puesto que, o es pecador, y entonces se hace más desidioso, por haber otro participante del pecado, o es justo, y se siente levantado hasta la arrogancia, y se infla con el pecado ajeno, y se persuade a engreírse con soberbia.

Además has lesionado todo el estado (comunidad) de la Iglesia, pues no todos los que oyen acusan sólo al pecador, sino que las ofensas se aplican a todo el linaje de los cristianos, y no oirás a los infieles que dicen: aquél es un fornicario, un disoluto, sino que por aquel que pecó, todos los cristianos son atacados con injurias.

Además hiciste que la gloria de Dios sea blasfemada, porque así como viviendo nosotros dignamente, el nombre de Dios es glorificado, así pecando, es blasfemado e injuriado.

Lo cuarto, avergonzaste malamente al que oía, y así le hiciste más desvergonzado, haciéndole contrario y enemigo.

Lo quinto, te hiciste reo de pena y castigo metiéndote en negocios que no te corresponden. Murmuro entonces cuando digo falsedad;

pero no si digo la verdad. Pues aun cuando dices la verdad, también entonces hay crimen, puesto que aquel fariseo con verdad habló mal del publicano (LUCAS, 18-11); pero con todo, de nada le sirvió. Dime, ¿acaso no era publicano y pecador? Para cualquiera es cierto que era publicano, mas porque lo vituperó el fariseo, salió perdonado de todo.

¿Quieres corregir a un hermano? Lloro, ruega a Dios, tomándole aparte amonéstale, aconséjale, exhortale; también Pablo lo hacía así: dice: *“Y no sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros; y tenga que llorar (castigando) a muchos de los que antes pecaron, y (todavía) no han hecho penitencia de la impureza, y fornicación, y deshonestidad en que han vivido”* (2 CORINTIOS, 12-21). Declara tu caridad para con el pecador: persuádele que para cuidarle y curarle, no participando, le amonestas del pecado: abraza sus pies, bésalos, no te avergüences, si de veras quieres sanarle pronto.

CONFESIÓN. Esto hacen también los médicos muchas veces, cuando tienen algunos enfermos difíciles; con besos y ruegos los persuaden a tomar la medicina salutífera: tú también haz lo mismo, descubre al sacerdote la llaga: esto es lo propio de quien cuida, y provee, y aconseja bien.

Mas no sólo a los maldicientes, sino también a los que oyen que alguno es murmurado les amonesto que cierren los oídos y que imiten al profeta que decía: *“Al que calumniaba secretamente a su prójimo, a éste tal le he perseguido”* (SALMO 100-5).

Di al prójimo: ¿No hay alguno a quien alabes y recomiendes? Que abro los oídos, y lo recibiré como un bálsamo y ungüento; pero si quieres hablar mal, cierro el paso a las palabras, pues no aguanto que me echen encima cieno y basura. ¿Qué ganancia tengo yo en saber que él es un malvado? Más bien un grandísimo daño y quebranto. Háblale a él.

Cuidemos de lo nuestro, de cómo daremos cuenta de los pecados, y pongamos toda esta curiosidad y laboriosa investigación acerca de nuestra vida. Pues ¿qué excusa tendremos, qué perdón si en tanto que ni pensamos en lo nuestro, con tanta curiosidad escudriñamos lo ajeno? Así como es feo que el transeúnte se asome y mire lo interior de la casa, y es muy ignominioso, así lo es el andar muy solícito de la vida de otro, es bajeza suma.

Pero aún resulta más ridículo que, llevando esta clase de vida, y descuidando sus cosas, cuando han manifestado alguna cosa oculta, ruegan al oyente y perjuran, que no lo diga a otro; con lo cual decla-

ran que han cometido algo que merece reprensión. Porque si ruegas a aquél no lo diga a otro, mucho más debías tú primero no decirlo a éste. En seguro tenías la palabra: después de haberle traicionado, cuidas ahora de salvarle: si no quieres que sea llevado a otro, no lo digas tú: mas después que has traicionado la custodia de la palabra es superfluo e inútil el amonestar y rogar para la guarda de lo dicho.

Mas ¿es agradable la murmuración? Antes bien es agradable no murmurar. Porque quien murmura, después está perplejo, sospecha y teme, y se duele, y se muerde la lengua, temiendo y temblando, no sea que lo dicho a otros le acarree a él un gran peligro, y proporcione enemistad superflua e inútil a aquellos a quienes dijeron: mientras que bien seguro y muy satisfecho vivirá quien se dominó a sí mismo.

LA MURMURACIÓN HA DE SER EVITADA. “¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventarás” (ECLESIASTICO, 19-10). ¿Qué significa *sepúltala en tu pecho*? Apágalo, entiérralo, no consientas que salga, ni que casi se mueva; pero sobre todo cuida y no tolere que otros hablen mal. Pero si alguna vez los hubieras oído, entiérralo, destruye el dicho, olvídalo, para que te parezcas a los que no lo oyeron, y con mucha paz y tranquilidad pases la vida presente.

Si los delatores aprendieren que los rechazamos más que a los acusados, al cabo desistirán de esa su mala costumbre y enmendarán el pecado, después alabarán y pregonarán que hemos sido sus curadores y bienhechores. Pues así como el decir bien y alabar es principio de amistad, así decir mal y calumniar es principio de enemistades, odios e injurias y motivo de interminables discordias. Por otra parte, no se descuidan nuestras cosas, sino a medida que cuidamos y curiosamente escudriñamos las ajenas, porque al maldiciente y al averiguador de vidas ajenas no queda tiempo para mirar alguna vez la propia, puesto que consumido todo su cuidado en curiosear lo de otros, necesariamente todo lo suyo está abandonado con temeraria negligencia. Pues hay que pensar que se procede bien si podemos aprovechar el ocio para dedicarnos a juzgar nuestros pecados: mas si siempre cuidas lo ajeno, ¿cuándo andarás solícito de tus males?

6. Huyamos, pues, queridos, huyamos la murmuración, sabedores de que todo esto es un abismo del diablo y una cueva de intrigas. Pues para que descuidemos lo nuestro y nos acarreemos mayor reato, nos guió el diablo a esta costumbre: aún más, no hay en ello este mal sólo que daremos cuenta de lo que hayamos dicho, sino también que así

hacemos más graves los pecados, privándonos de toda excusa, pues quien impaciente inquiere lo de otros, jamás alcanzará indulgencia de sus delitos. Que no sólo por la naturaleza de nuestros pecados, sino también por el juicio nuestro de los otros dictará Dios la sentencia: ya lo advirtió diciendo: *“No juzguéis, si no queréis ser juzgados”* (MATEO, 7-1), pues el pecado no sólo tal como fue, así aparecerá allí en lo futuro, sino que recibirá una adición grande e inevitable por el juicio formado en contra del convertido. Pues así como el humano, manso y clemente corta la mayor gravedad de los pecados, así el acerbo, y cruel, e implacable añade un gran peso a sus propios pecados.

Por tanto, eliminemos de nuestra boca toda murmuración, sabiendo que aun cuando comamos ceniza, de nada nos aprovechará tanta austeridad de vida, si no nos abstenemos de la detracción: que no es lo que entra lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca (MATEO, 150-17, 18).

Si cuando tú pasas te arrojan basura, ¿no es cierto que te revolve-rías contra él con afrentas y contumelias? Pues haz esto contra los detractores. Porque no tanto impresiona la membrana del cerebro el hedor del estiércol removido, cuanto el de los pecados ajenos descubierto, y la vida impura propalada suele perturbar y entristecer los ánimos de los que oyen.

Abstengámonos, pues, de la detracción, de palabras torpes, de la blasfemia, y no hablemos mal ni del prójimo, ni de Dios: porque muchos murmuradores llegaron a tanta rabia, que de los consiervos volvieron su lengua contra Dios. Y cuan grande mal sea esto, por lo que nos apura ahora, apréndelo. He aquí que es un hombre quien ha pasado la injuria, y todos tememos y temblamos, tanto los que infirieron la injuria como los que de nada de tales cosas tienen conocimiento, Dios empero es ofendido con injurias cada día: ¿qué digo cada día? Mejor diré a cada hora, por los ricos, por los pobres, por los tranquilos, por los afligidos, por los que calumnian, por los que comunican divulgando la calumnia, y nadie en parte alguna se preocupa de ello.

Por esto permitió que el consiervo fuese injuriado, para que por el peligro nacido de una contumelia veas la benignidad del Señor. Es más: esto es ahora lo primero que se ha cometido, y es único; sin embargo, ni por esto esperamos nosotros que hemos de conseguir perdón o excusa: a Dios, empero, le irritamos cada día, y no hacemos ninguna mudanza, y nos aguanta aún con toda longanidad. ¿Has

visto cuan grande es la clemencia del Señor? Y en esta sedición los que pecaron están presos, y en la cárcel encerrados, y sufrieron el castigo, y, no obstante, aún tememos: todavía el injuriado no conoció los hechos, ni dio sentencia, y todos tememos, temblamos; pero Dios conoce las ofensas que cada día le son inferidas, y nadie se convierte por más clemente y manso que El sea. A El es suficiente confesar el pecado, y el crimen es absuelto; mientras que entre los hombres sucede todo lo contrario, cuando los reos confiesan, entonces son más castigados: lo que ha sucedido ahora.

DESCRIPCIÓN DE LA PRESENTE CALAMIDAD. Porque en verdad unos a espada, otros a fuego, y algunos por las fieras han perecido, no hombres sólo, sino hasta niños, y no les ha valido ni la falta de madurez de la edad ni el tumulto popular, ni que lo hicieron algunos agitados de furor diabólico, ni que la exacción resultaba intolerable, ni la pobreza, ni que el pecado fue común, ni el prometer que nunca más se permitiría cosa parecida, ni nada en absoluto los libró, sino que sin ninguna compasión eran llevados al precipicio, llevándolos vigilados entre soldados armados para que nadie arrebatase a los reos, y seguían las madres viendo desde lejos a los hijos, que habían sido arrebatados, pero sin atreverse a llorar la calamidad, pues el temor podía al afecto, y el miedo se sobreponía a la naturaleza. Y así como los hombres que presencian un naufragio conduelen a los náufragos, pero ni pueden acercarse ni salvar a los sumergidos, así también aquí, como por unas olas, las madres con el temor de los soldados estaban cohibidas, no sólo no se atrevían a acercarse y a arrancarlos de la muerte, sino que aun a llorar no osaban. ¿Es que por esto no conjeturáis cuán inefable es la misericordia de Dios? ¿Cuán infinita? ¿Cómo excede a toda ponderación? Aquí en verdad el ofendido es de la misma naturaleza, una sola vez lo ha sido en todo el tiempo, y no en presencia, ni en persona, ni viéndolo, ni oyéndolo, y con todo ni un solo reo alcanzó perdón: mas de Dios nada de esto puede decirse, porque es tanta la diferencia entre Dios y el hombre, cuanto nadie puede expresar con palabras: cada día es ofendido estando presente y viéndolo, y oyéndolo, y ni lanzó un rayo, ni mandó al mar que inundara la tierra y sumergiese a todos, ni que se abriese la tierra, ni le mandó que se tragase a los temerarios, sino que tolera todo con longanimidad, y promete que perdonará a los autores de la contumelia, con sólo que hagan penitencia y prometan que no volverán a hacerlo más. Ahora en verdad es el tiempo de exclamar: *¿Quién podrá contar las obras*

del poder de Dios, ni pregonar todas sus alabanzas? (SALMO 105-2). Porque no sólo derribaron las imágenes de Dios, sino que las pisotearon. Que cuando atormentas al reo, cuando lo despojas, cuando lo arrastras, cuando lo aterras, pisoteas la imagen de Dios. Escucha a lo menos a Pablo, que dice que el varón no ha de cubrir la cabeza, porque es la imagen y la gloria de Dios, y otra vez al mismo Dios cuando dice: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (GÉNESIS, 1-26).

Pero si me replicas que Dios y el hombre no son de la misma sustancia, ¿qué diré? Pues tampoco el bronce de la estatua es de la misma naturaleza que el Emperador, pero con todo, los que osaron ultrajarla pagaron la pena; así también entre los hombres, aunque éstos no son de la misma sustancia que Dios, como en verdad no lo son, son, no obstante, llamados imagen, y por este apellido les era debido el recibir honor. Mas tú por un poquito de oro los pisas, atormentas, arrastras y hasta ahora no has pagado pena alguna.

FRECUENTES TERREMOTOS EN ANTIOQUÍA. No hagamos, pues, ahora lo que siempre hacemos. Porque con los terremotos que nos alcanzan y con el hambre y la sequía, nos moderamos durante tres o cuatro días, nos hacemos más humanos, y otra vez volvemos a las andadas: por esto sobrevinieron estas cosas. Pero ya que no antes, ahora por lo menos, seamos permanentes en la misma piedad, y guardemos la misma mansedumbre, para que no tengamos necesidad de otro azote.

¿Es que Dios no tenía poder para impedir lo que ha ocurrido? Mas lo ha permitido para que los que le desprecian, por miedo del consiervo se hiciesen mejores. Ni se me diga que muchos de los culpables han huido, y muchos inocentes pagaron la pena, pues con frecuencia oigo a muchos repetir esto, no sólo por esta sedición, sino en muchas otras parecidas ocasiones. ¿Qué se ha de responder a los que así objetan? Que por más que en la presente sedición fuera inocente aquel que fue prendido, sin embargo otro pecado más grave cometió alguna vez; no se convirtió después, ahora lo pagó. porque esta es manera de proceder Dios: en habiendo pecado, no castiga inmediatamente los pecados, sino que lo dilata, para darnos tiempo de penitencia, para que nos corrijamos y enmendemos; pero si no satisfaciendo, despreciamos el pecado que juzgamos perdonado, cuando menos lo pensemos, somos del todo sorprendidos por cosas como éstas. Y esto sucede para que, cuando pecamos y no hemos sido castigados, no confieemos, si no nos hemos convertido, sabiendo que cuando no pensamos,

cierto es que caeremos. Así, pues, si pecaste y no has recibido castigo, querido, no te burles; antes por esto mismo teme más, conociendo que es fácil para Dios, cuando quiera, darlo a su vez. Puesto que por esto no te ha castigado, para que tengas tiempo de penitencia.

Así, pues, no digamos que aquél, sin tener crimen, ha caído, y el otro autor del crimen ha huido. Porque el inocente castigado, como antes he dicho, sufre las penas de otros pecados y el que ahora huyó, como no se haya convertido, en otro lazo será cogido. Si en esta disposición estamos, nunca nos olvidaremos de los pecados propios, sino que siempre con temor y temblor de comparecer en juicio en un momento, con facilidad los recordaremos. Porque nada hay más eficaz para refrescar la memoria de los pecados que la pena y el castigo, y claro se vio esto en los hermanos de José. Pues habiendo vendido al justo, y habiendo transcurrido trece años, temiendo ser castigados, y por la vida, se acordaron del pecado, y decían entre ellos: *Justamente padecemos lo que padecemos, por haber pecado contra nuestro hermano* (GÉNESIS, 42-21).

¿Adviertes cómo aquel miedo los avisó de su pecado? Y cuando pecaban, en verdad no lo sentían; pero cuando tenían miedo de ser castigados, entonces se acordaron.

EXHORTACIÓN MORAL. Conociendo, pues, todo esto, mudemos y corrijamos la vida, y antes que de vernos libres de la actual angustia, pensemos en la religión y en la virtud. Y mientras tanto quiero recomendaros tres mandamientos, para que me los cumpláis en el ayuno de Cuaresma: de nadie murmuréis, no tengáis enemigo y arrojad de vuestros labios la perversa costumbre de los juramentos. Y así como cuando se oye el pregón de un impuesto de oro cada uno, yendo a casa y llamando a la mujer, a los hijos, a los siervos, trata con ellos y consulta sobre el modo de pagar aquel tributo, así también hagamos con estos mandatos espirituales. Vuelto cada uno a casa, llame a la mujer y a los hijos y diga: hoy se nos ha impuesto un espiritual tributo, un tributo, digo, por el que habrá una solución y liberación de estos males, un tributo que no empobrece, antes enriquece a los que pagan: que *no tengamos a ninguno por enemigo*, que *de ninguno murmuremos*, que en absoluto *no juremos*. Pensemos, pongamos cuidado, consultemos cómo cumpliremos estos mandamientos, pongamos todo empeño, uno a otro alentémonos, corrijámonos, para que no salgamos de aquí deudores, tengamos después que pedir prestado a otros, oigamos lo que las vírgenes fatuas y perdamos la salvación eterna.

Si de este modo arreglamos el tenor de la vida, desde aquí os aseguro y prometo que se dará alguna solución a la presente calamidad, y la liberación de estos males, y lo que vale más que todo, el fruto de los bienes venideros. En verdad había que inculcaros todas las virtudes; pero juzgo que éste es el modo mejor de corregirse, que por partes cumplamos la ley recibida, y después vayamos a otras. Pues así como en un campo cultivado el labrador cavando poco a poco llega a concluirlo, así nosotros, si nos ponemos esta ley, que durante la presente Cuaresma observemos estos tres mandamientos, sin duda una vez que hayamos probado la prudente custodia de tal costumbre, más fácilmente pasaremos a lo demás, y llegando a la cumbre de la disciplina, entonces pasaremos la vida presente confiados, y en la futura asistiremos con Cristo muy tranquilos y gozaremos de los bienes arcanos, lo que nos sea dado conseguir por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea dada la gloria al Padre junto con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía IV.

1. Alivio y provechos de la calamidad actual. No estemos sentidos de esta tristeza, sino agradecidos a Dios.

2. Frutos de las calamidades. Buen cambio nacido de la calamidad. Crece la religión por motivo de la tribulación.

3. Regla prudentísima. Los tres jóvenes del horno babilónico. Cómo el diablo se destruye a sí mismo. El fuego entre los persas.

4. Dios puso a los enemigos por testigos del trofeo. La máxima alabanza fue la acusación. Al justo nada puede vencerlo ni espantarlo.

5. Ten a Dios benévolo y nada te dañará. No el lugar, sino la mala conciencia perjudica. Prudentes como serpientes. Dejemos la excesiva solicitud. Guarda de la lengua. De todos los sentidos.

6. Exhortación moral. Cambiar las malas costumbres, como la de los juramentos, es completar el ayuno.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Esta homilía fue pronunciada el lunes 8 de marzo, al comienzo de Cuaresma.

2.^a Abundantes y variados símiles emplea para mover a ser pacientes en la enmienda de la vida.

* * *

1. Bendito sea Dios, que ha consolado vuestras entristecidas almas y ha confirmado vuestras vacilantes mentes: pues que hayáis recibido consolación se me patentiza por este vuestro cuidado y prontitud para oír. Que no es dable que una alma doliente y oprimida por una nube de tristeza pueda con prontitud escuchar lo que se dice, y a vosotros veo con gran benevolencia y esmerado empeño atendiéndonos desechados todos los motivos tristes, y que habéis rechazado la presente angustia con el deseo de oír. Por lo cual doy con vosotros gracias a Dios, porque la miseria no venció a vuestra prudencia, ni el temor ha hecho remiso vuestro vigor, ni la tribulación ha apagado

vuestro entusiasmo, ni la grandeza del peligro ha hecho descaecer vuestro celo, ni el temor de los hombres se ha sobrepuesto al amor para con Dios, ni la desgracia del tiempo ha derribado vuestro empeño; no sólo no lo ha derribado, que lo ha consolidado; no sólo no lo ha remitido, que lo ha activado; no sólo no lo ha apagado, que lo ha más encendido. La plaza, en verdad, está vacía, pero la iglesia está llena: aquello es motivo de llanto, esto es ocasión de gozo y alegría espiritual. Así que cuando fueres a la plaza, oh mi querido, y suspirares al mirar aquella soledad, acógete a la madre, y al momento te consolará con la muchedumbre de los hijos propios y ahuyentará toda tristeza, al mostrarte la compacta multitud de los hermanos. Cierto, en la ciudad deseamos ver hombres, como si habitásemos los desiertos; pero al acudir a la iglesia quedamos oprimidos por el gentío. Y así como con mar agitado y embravecido con grandes tempestades el miedo obliga a todos a refugiarse al puerto, así también ahora las tormentas del foro y el invierno de la ciudad a todos empujan por doquiera hacia la iglesia, y estrechan con lazo de caridad a los miembros entre sí.

Demos, pues, gracias a Dios también por estas cosas, porque hemos recogido tanto provecho de la tribulación, porque de la tentación hemos sacado tanta utilidad. Sin prueba, no hay corona; sin luchas, no hay premios; sin estadios, no hay honores; sin tribulación, no hay descanso; sin invierno, ni hibierno ni estío. Y esto no sólo en los hombres, que aun en las semillas mismas puede observarse. También en éstas ha de haber mucha lluvia, muchas nevadas y finalmente, mucho hielo, para que la espiga que brota en primavera salga pujante: pues cuando tiempo de simiente, tiempo de lluvia igualmente.

Por tanto, después que también ahora ha venido el invierno, el invierno de las almas, no del aire: sembremos también nosotros en este hibierno, para que seguemos en el estío: sembremos lágrimas, para que seguemos alegría. Este dicho no es mío, es anuncio del profeta, que dice: *Aquellos que sembraban con lágrimas segarán llenos de júbilo* (SALMO 105-5). La lluvia que ha caído no hace germinar y crecer las semillas tanto, como a la piedad excita y hace brotar la lluvia procedente de lágrimas: ésta limpia el alma, riega la mente, hace que en breve prospere el germen de la doctrina, por lo cual es preciso abrir surco profundo, pues hasta esto advirtió el profeta diciendo así: *Preparad vuestro barbecho y no sembréis sobre espinas* (JEREMÍAS, 4-3). Por tanto, como el que profundiza con el arado surca

la tierra, preparando buen suelo a la simiente, para que no quede tirada en la sobrehaz, sino que sea encerrada en los senos de la tierra, y en seguro eche raíces, así es necesario que hagamos, y aprovechando como arado la tribulación, rompamos lo hondo del corazón: que esto nos avisa también otro profeta, que dice: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos* (JOEL, 2-13).

Rompamos, pues, los corazones, para que si alguna mala yerba y engañoso pensamiento hay en nosotros, la arranquemos de raíz, y tengamos limpias las tierras para las semillas de piedad. Pues si ahora no nos renovamos, no sembramos, si ahora no derramamos lágrimas, ahora que tenemos tribulación y ayuno, ¿cuándo llegaremos a tener compunción? ¿Acaso cuando el perdón y las delicias sobrevinieren? Mas esto no puede ser, porque el sosiego y los placeres acostumbran a hacer perezosos, así como los trabajos despiertan los deseos, y hacen reflexionar al alma que vagaba exteriormente y preocupada. No este-mos pues, sentidos de esta tristeza, sino demos gracias a Dios, porque hay mucha ganancia de esta tribulación. Que también cuando el labrador ha sembrado las semillas con mucho trabajo recogidas, desea que venga la lluvia, y el ignorante que ve todo lo que se hace, se admirará y quizá dirá en sus adentros: ¿Pues qué hace este hombre? Desparra-ma lo recogido, y no sólo lo derrama, sino que cuidadosamente lo envuelve en la tierra para que no se pueda recoger fácilmente, y no lo entierra tan sólo, sino que desea una fuerte lluvia para que todo lo tirado se pudra y se haga barro. Y se espantará oyendo retumbar los truenos y brillar los relámpagos, mientras que el labrador no así, sino que se alegra y goza al ver la tormenta, porque no mira a lo presente, sino que espera lo venidero; no se para en ver los rayos, sino que cuenta los manojos; no atiende a que las simientes se pudren, sino a las hinchadas espigas; no a la fuerte lluvia, sino al gratísimo polvo de la era.

Lo mismo nosotros no miremos a la presente tribulación o al dolor, sino a la utilidad que de ella sale, y a los frutos que de ella nacen: miremos las hacinas de la era, pues como vigilemos, podremos cosechar muchos frutos por este tiempo y llenar el depósito o alhacena de nuestra alma; como vigilemos, no solamente no padeceremos algo grave por esta tribulación, sino que recibiremos innumerables bienes; pero *si nos quedamos aturcidos, la inacción nos perderá*. Porque al desidioso todo le daña; pero al que vive con diligencia todo le aprovecha. Y así como el oro, aunque esté sumergido, conserva su propia

hermosura, o si cae en el fuego, de nuevo aparece más brillante; mientras que el lodo y el heno, si ocurre que se mezclan con agua, éste se pudre y aquél se disuelve, o si caen en el fuego, éste se tuesta y aquél se quema: así ciertamente el justo y el pecador: aquél en verdad si goza del perdón, como el oro sumergido en el agua, queda resplandeciente; si entra en la prueba, como el oro acrisolado con el fuego, tórnase más resplandeciente; el pecador, empero, ya consiga el perdón, se disuelve y se marchita, como el heno y el barro que están en agua sumergidos; ya se halle en tentación, se quema y se pierde, como el heno y el lodo en el fuego.

2. FRUTOS DE LAS CALAMIDADES. No nos consumamos por los presentes males, porque si estás en pecado fácilmente se queman y destruyen por la tribulación; pero si estás dotado de virtud, te abrillantas y resplandeces por ella; si continuamente vigilas y eres sobrio, serás superior a todo daño. Que no es la índole de las tentaciones, sino la pereza de los tentados la que suele producir ruinas.

Así, pues, si quieres gozar y conseguir el descanso y el placer, no busques ni el placer ni el descanso; busca, empero, una alma llena de paciencia y capaz de ostentar la tolerancia, porque si esto no tienes, no sólo te podrá la tentación, sino que hasta el descanso te perderá y te abatirá más.

Y que no es la acometida de casos graves, sino la pereza de nuestra alma la que arruina nuestra salvación, oye lo que Cristo dice: *Cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, mas no fue destruida: porque estaba fundada sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy, y no las pone por obra será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se derrumbó, y su ruina fue grande.* (MATEO, 7-24, 25, 26, 27).

¿Adviertes cómo no es la acometida de las tentaciones, sino la imprudencia de los que edifican, lo que ocasionó la ruina? Porque allí lluvia, y aquí lluvia, y allí avenidas, y aquí avenidas, allí vientos huracanados, y aquí lo mismo; aquél edificó y éste edificó; la misma es la edificación y también las tentaciones o pruebas; pero no es el mismo fin, porque no tienen el mismo fundamento. No fue, pues, la

naturaleza de las pruebas, sino la imprudencia del que edifica, la que causó la ruina; de otra suerte habría de haber caído la casa edificada sobre piedra; cuando vemos que nada de esto ha sufrido.

Mas no penséis que esto se dijo de la casa, porque del alma que por las obras prueba o rechaza para oír la divina palabra trata esta sentencia.

Así Job edificó su alma: cayó la lluvia, porque fuego bajó del cielo y abrasó todos los rebaños (JOB, 1-16, 19); vinieron los ríos, es decir, los frecuentes, continuos y no interrumpidos nuncios de las calamidades; éste, de los rebaños, y aquél, de los camellos, y el otro, finalmente, anunciando la muerte de los hijos: soplaron los vientos, las amargas palabras de la mujer: *¿Todavía permaneces en tu (estúpida) simplicidad? Sí: bendice a Dios y muérete* (JOB, 2-9); y no cayó la casa, no fue suplantada el alma, no blasfemó el justo, sino que hasta dio gracias, diciendo así: *El Señor me lo dio (todo); el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (JOB, 1-21). *¿Ves como no es la índole de las tentaciones, sino la ignavia de los perezosos la que suele producir ruina? Pero al varón fuerte la tribulación le vuelve más esforzado. ¿Quién lo dice? El bienaventurado Pablo, criado en trabajos, diciendo así: La tribulación ejercita la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba (produce) esperanza* (ROMANOS, 5-3, 4).

Y como a los árboles robustos el ímpetu de los vientos que sopla y los bambolea a todos los lados no los arranca, y sí los vuelve más robustos y más arraigados con las sacudidas, así también al alma santa y que vive piadosamente los bamboleos de las tentaciones y tribulaciones no la aterran, antes bien, la excitan a mayor paciencia; así como al santo Job le hicieron más espléndido y digno de veneración.

Ahora cierto que contra nosotros está airado un hombre, y un hombre que está sujeto a las mismas pasiones, dotado de un alma semejante, y hemos temido; mas entonces aquel demonio maligno y fiero estaba airado, y no sólo se enfurecía, sino que ponía en movimiento todas sus artimañas y empleaba toda su astucia; pero ni aun así logró vencer la fortaleza del justo. Y a la verdad, siendo éste un hombre, que ora se aíra, ora se reconcilia, con todo estamos muertos de miedo. Y entonces era el diablo el que impugnaba, el que nunca se reconcilia con el hombre, sino que tiene declarada guerra sin cuartel y lucha sin tregua a nuestro linaje, y, a pesar de esto, el justo burló (los

tiros y) saetas. ¿Pues qué excusa, qué perdón podemos tener, no soportando las pruebas humanas los que durante tanto tiempo hablamos de la gracia, cuando aquél antes de la gracia y en el Antiguo Testamento tan valientemente soportó guerra tan intolerable?

BUEN CAMBIO NACIDO DE LA CALAMIDAD. Por tanto, muy amados, tratemos siempre entre nosotros estas cosas, y exhortémonos mutuamente con estas conversaciones. Porque vosotros sois testigos y vuestra conciencia de cuán grande utilidad hemos reportado de esta prueba. Pues el disoluto se ha hecho modesto; el fiero, más humano; el perezoso, diligente; los que jamás habían visto una iglesia, sino que gastaban totalmente los días en teatros, ahora se pasan todo el día en la iglesia. ¿Es que te duele que Dios te haya hecho bueno con el temor? ¿Que por la tribulación te haya guiado al deseo de salvarte?

Pero ¿está atormentada tu conciencia? ¿Acaso diariamente se amedrenta tu alma previendo la muerte y las mayores amenazas? Mas también de aquí tendremos una grande ventaja, creciendo en nosotros la religión por motivo de la angustia. Porque puede Dios disipar hoy mismo todo esto grave; pero hasta que nos vea purgados, hasta que vea hecho el cambio, y una penitencia firme y constante no disuelve la tribulación. Porque el aurífice, hasta tanto que no ve el oro purificado del todo, no lo saca del crisol; así hace Dios, no quita esta tribulación hasta que nos haya enmendado. Pues el que permitió la tentación ya conoce el tiempo de que sea disipada. Y así como el citarista ni tensa tanto que estalle la cuerda, ni la deja floja más de lo debido, para que no desentone, así lo hace Dios, no pone nuestra alma ni en continuo reposo, ni en perpetua tribulación haciendo una y otra cosa según su prudencia, pues no nos consiente que estemos en continuo descanso para que no nos hagamos más descuidados, y no nos deja en tribulación perpetua para que no decaigamos y no desesperemos.

3. Dejemos, pues, a El el tiempo de que se acabe la calamidad y nosotros entre tanto a rogar y a vivir santamente. Que nuestro trabajo es el de convertinos a la virtud y el de Dios es poner fin a los males presentes. Porque El, más que tú que estás tentado, desea apagar este incendio; mas espera tu salvación. Así como del descanso brotó la tribulación, así de la tribulación conviene esperar el descanso. Ni siempre invierno, ni siempre estío, ni siempre tempestad, ni siempre tranquilidad, ni siempre noche, ni día continuo; así que no siempre tribulación, sino que habrá descanso, con tal que en la tribulación demos siempre gracias a Dios.

Pues los Tres Jóvenes fueron echados en el horno, y ni así se olvidaron de la religión, ni se espantaron de las llamas, sino que más solícitamente que los que en sus habitaciones estuvieran sentados y sin nada padecer, aunque rodeados de fuego, exhalaban aquellas preces sagradas. Por eso el fuego les sirvió de muro; las llamas, de vestido; el horno, de fuente refrigerante; y el que los recibió atados, los devolvió desatados; recibió cuerpos mortales y los respetó como a inmortales; no usó de su naturaleza y reverenció a la piedad; el tirano ató los pies, y los pies ataron la fuerza del fuego. ¡Oh cosa admirable! A los atados suelta la llama, y a la vez la llama es detenida por los atados, porque cambió la natural condición de las cosas la piedad de los adolescentes: aún más, que no cambió la naturaleza, sino que contuvo la fuerza de la naturaleza permanente: que no apagó el fuego, sino que, ardiendo, lo hizo ineficaz, y lo que es de admirar y estupendo, esto verificóse no tan sólo en los cuerpos santos, sino también en los vestidos y calzados de los mismos, y como en los Apóstoles, los vestidos de Pablo curaban las enfermedades y arrojaban los demonios, y la sombra de Pedro ahuyentaba la muerte; así también aquí apagaron el poder del fuego los calzados de los Jóvenes. No acierto a decirlo: el milagro trasciende a toda narración de palabras. Porque la fuerza estaba apagada y no apagada, porque cuando estaba aplicada a los cuerpos de aquellos santos estaba apagada; pero cuando hubo que romper las ataduras, no estaba apagada; de modo que rompió los grillos, y no tocó a los pies. ¿Ves cuán cerca estaban? Ni de su natural actividad estuvo privado el fuego, ni se permitió pasar a más que los grillos. Ató el tirano, desató la llama, para que te des cuenta de la crueldad del tirano, y de la obediencia del elemento. Mas ¿por qué causa para echarlos en el fuego los ató? Para que se verificase milagro mayor, como señal más admirable; para que no pensases que lo que se estaba viendo era ilusión de los ojos, porque de no haber sido fuego aquel fuego, no habría quemado las ataduras, no hubiera abrasado a los soldados que estaban fuera sentados, lo cual fue mucho más. Ahora bien, mientras para los que estaban afuera muestra su poder, para los que estaban dentro muestra la obediencia.

Mas tú pondera siempre conmigo, como el diablo por lo mismo con que combate a los siervos de Dios, por lo mismo destruye su propia fuerza, no de buen grado, sino por la sabiduría y providencia de Dios, que usando las mismas armas y tretas de él, las emplea en contra; como también aquí se verificó. Porque allí insinuándose en-

tonces al tirano, ni permitió que las cabezas de los santos fuesen cortadas con la espada, ni echados a las fieras, ni que fuesen de algún otro modo atormentados: persuadió, empero, que fuesen arrojados en el fuego para que ni reliquias quedaran de los santos, consumidos los mismos cuerpos, y mezcladas sus cenizas con las cenizas de las leñas; pero Dios aprovechó todo esto para la destrucción de la impiedad, y de la manera que poco ha os decía.

ENTRE LOS PERSAS EL FUEGO ES TENIDO POR DIOS. Entre los Persas se cree que Dios es el fuego, y aun ahora lo veneran con mucho culto los bárbaros habitantes de aquella región. Queriendo, pues, Dios arrancar de raíz la causa de la impiedad, autorizó este modo de pena para otorgar a sus servidores una victoria en presencia de todos los adoradores del fuego; queriendo persuadirles por medio de prodigios que los dioses de los gentiles temen, no tan sólo a Dios, sino a los servidores de Dios.

4. Y contempla la corona de la victoria tejida por los contrarios, y a los enemigos puestos como testigos del trofeo. *“Mandó el rey Nabucodonosor juntar los sátrapas, magistrados y jueces, los capitanes y grandes señores, y los prefectos y los gobernadores todos de las provincias para que asistiesen a la dedicación de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor”* (DANIEL, 3-2).

El enemigo prepara el teatro y reúne espectadores, dispone el estadio y él mismo convoca al espectáculo, y teatro no de hombres vulgares, no de particulares, sino de todos los honorables, de todos los magistrados, para que el testimonio sea digno de fe ante muchos. Habían venido llamados a presenciar un espectáculo, y se fueron todos habiendo visto un otro. Vinieron para adorar la estatua, y de hecho se burlaron de la estatua; mas se fueron habiendo admirado el poder de Dios en los prodigios obrados en los Niños.

Y observa en dónde había dispuesto el estadio: no en la ciudad o en algún campo, sino en la llanura despejada está situado, porque en la campiña de Deira, fuera de la ciudad, levantó la estatua, y pasando un pregonero exclamaba: *“A vosotros, oh pueblos, tribus y lenguas se os manda que en el mismo punto que oyereis el sonido de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampoña, y del salterio, y de la sinfonía, y de toda especie de instrumentos músicos, postrándoos, adoréis la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor. Que si alguno no se postrare y no la adorare, en el mismo momento será arrojado en un horno de fuego ardiente”* (DANIEL, 3-4, 6).

¿Te has dado cuenta de los difíciles combates que había preparado, de cuántas violencias insidiosas, de cuán hondo abismo y precipicio de ambos lados? Pero no temas: cuanto el enemigo más acreciere sus maquinaciones, tanto más demuestra la fortaleza de los Jóvenes. Pues para esto tantos conciertos de los músicos, para esto el horno ardiendo, para que o el placer o el temor se posesionasen de los ánimos de los asistentes. ¿Hay entre éstos alguno que es duro e inflexible? Que le ablande la placentera melodía de toda suerte de música, dice. Y ¿si se hace superior a esta insidia? Que le aterrorice y mueva el aspecto de las llamas. Y había temor y placer, éste por los oídos, aquél por los ojos insinuándose en el alma.

Con todo nada de esto venció la generosidad de aquellos adolescentes, sino que así como echados al fuego vencieron la llama, así se burlaron de toda concupiscencia y ansiedad. Porque el diablo había preparado todo esto por causa de ellos: que no dudaba de los súbditos, antes confiaba más bien que ninguno se había de oponer al decreto del rey; mas luego que todos cayeron y fueron vencidos, entonces fue cuando solos los Jóvenes fueron sacados al medio, para que así también la victoria sea más esclarecida, al vencer entre tanta muchedumbre y ser proclamados vencedores, pues no hubiera sido tan admirable si antes de que ninguno se hubiera postrado, ellos los primeros se hubieran portado valientemente.

Y esto es lo más grande y admirable, que la muchedumbre de adoradores ni los aterrorizó, ni los doblegó. No dijeron para sus adentros lo que muchos suelen con frecuencia decir: Si nosotros adorásemos los primeros la estatua, sería pecado; pero si lo hacemos con tantos millares, ¿quién no dará el perdón? ¿Quién no nos juzgará dignos de excusa? Mas ellos nada parecido dijeron, ni pensaron, habiendo visto las adoraciones de tantos principales.

Tú, empero, mira con atención, ya la malicia de los calumniadores suyos, ya cuán ímproba y acerbamente los acusaron. Dijeron: "*Hay, pues, (tres) hombres entre los judíos a los cuales tú constituiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia*" (DANIEL, 3-12). Porque no sólo mencionaron la nación, sino que recordaron el honor, para encender la ira del rey, no diciendo tan sólo: los siervos, que no tienen ciudad, cautivos, los hiciste nuestros príncipes; mas ellos a tanto honor corresponden con contumelia, y se portan con insolencia para con quien los ha honrado. Por lo cual dicen: "*Estos hombres han despreciado, oh rey, tu decreto; no dan culto a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado*" (DANIEL, 3-12).

La mayor alabanza es la acusación, y los crímenes se convierten en alabanzas, siendo los mismos enemigos los que dan un indubitable testimonio. Y el rey, ¿qué? Manda que le sean presentados, para aterrorizarlos por todas partes. Pero nada los consternó, no el furor del rey, no el que se hallen abandonados en medio de tanta turba, no el fuego previsto, no las trompetas sonando, no los ojos encendidos de todos los que los miran, sino que riéndose de todo esto, lo mismo que si hubiesen de ser echados en una fresca fuente, entraron en el horno, diciendo aquella dichosa palabra: *"Nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado"* (DANIEL, 3-18).

He referido esta historia, no sin motivo, sino para que aprendáis que, aunque amenace la ira real, y las insidias de los soldados, y la envidia de los enemigos, y el cautiverio, y la privación, y el fuego, y el horno, y mil otras cosas, al justo nada podrá vencerle ni espantarle.

Pues si cuando el rey era impío no temieron unos adolescentes el furor del tirano, mucho más hemos de confiar nosotros, que tenemos un Emperador benigno y manso y enseñados por lo dicho a dar gracias a Dios por esta tribulación, y que con las calamidades nos hacemos más esclarecidos, ora ante Dios, ora ante los hombres, si las sabemos sobrellevar con ánimo generoso. Porque de no haber sido éstos siervos, no hubiéramos conocido la libertad de ellos; si no hubieran estado cautivos, no hubiéramos aprendido la nobleza de su alma; si no hubiesen perdido la patria inferior, no hubiéramos apreciado que su virtud era de la patria superior; si el rey terreno no se hubiese airado contra ellos, no hubiéramos oído la benevolencia que el Rey del cielo tenía para con ellos.

5. Así es que si tú le tienes benévolo, aunque caigas en un horno, no desesperes; pero como esté irritado, aunque estés en un paraíso, no confíes. Porque en el paraíso estaba Adán, y después que irritó a Dios nada le aprovechó el paraíso: en el horno estaban éstos (los Jóvenes), y cuando se condujeron bien, nada les dañó el horno. En el paraíso estaba Adán, y porque estaba indolente, fue derribado: en un muladar estaba Job, y porque vigilaba, venció. Y ¡cuánto mejor es el paraíso que el muladar! Mas no fue el lugar lo que aprovechó a su morador, después que aquél traicionó a sí mismo, como tampoco la vileza del lugar perjudicó al que estaba por todas partes defendido.

Nosotros también pertrechemos nuestra alma, pues ya se nos imponga una multa en dinero, ya la muerte, si nadie deja la piedad,

somos más felices que todos. Y esto mandó Cristo diciendo: "*Habéis de ser prudentes como serpientes...*" (MATEO, 10-165). Pues así como ésta presenta todo el cuerpo, para guardar la cabeza, así también tú: sean los dineros, sea el cuerpo, sea la vida presente, aunque se haya de perder todo, para conservar la piedad, no te entristezcas. Porque si partieres de aquí teniéndola, Dios te lo dará todo con más esplendor, y te restituirá el cuerpo con mayor gloria de nuevo, y en lugar de dineros, unos bienes que no pueden con ningunas palabras expresarse. ¿Acaso no estaba Job sentado en un muladar, llevando una vida más amarga que innumerables muertes? Mas porque no abandonó la piedad, con mayor gloria volvieron todos los anteriores bienes, la salud y hermosura del cuerpo, toda la corona de los hijos, todas las posesiones; y lo más grande de todo, una espléndida gloria de la paciencia. Porque a semejanza de lo que pasa en los árboles, que si alguien quita el fruto con las hojas y poda todas las ramas, como quede la raíz, brota de nuevo todo con más fuerza; así también en nosotros, si la raíz de la piedad permanece, aunque sean arrebatadas las riquezas y el cuerpo se corrompa, después se nos devuelve todo con mayor gloria.

Por tanto, dejando toda solicitud y superfluo cuidado de la vida, volvamos a nosotros mismos, el cuerpo y el alma adornemos con el ornato de la virtud, hagamos los miembros de nuestro cuerpo asiento de la justicia y no del pecado, y sobre todo la lengua, para que haciéndola ministra de la gracia espiritual, alejemos de nuestra boca todo veneno y maldad y el pronunciar palabras torpes.

Porque en nosotros está el hacer que cada uno de nuestros miembros sea instrumento ya de la malicia, ya de la justicia. Escucha, pues, cómo unos hicieron la lengua instrumento de pecado, y otros de justicia. *Su lengua (es) tajante espada* (SALMO 56-5). Mas otro dice de su lengua: *Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligero* (SALMO 44-2). La primera causó la muerte, esta segunda escribía la ley divina; por lo cual era aquélla una espada y ésta una pluma, no por la índole de su naturaleza, sino por la elección de los que la usan. La condición natural de la lengua en éste y en aquél la misma era, mas el uso no era el mismo. Y en la boca se puede observar otro tanto: que unos en realidad tenían la boca llena de veneno y maldad; por esto ahincando decía: *Llena está su boca de maldición y de amargura* (SALMO 13-3); mas no así la propia, sino que "*mi boca proferirá sabiduría, y la meditación de mi espíritu, prudencia* (SALMO 48-4).

Y nuevamente otros tenían las manos llenas de iniquidad, y acu-

sándolos decía otra vez: *En cuyas manos no se ve más que iniquidad, y cuya diestra está toda llena de sobornos* (SALMO 25-10). El empero tenía sus manos acostumbradas a no hacer nada más que levantarse al cielo; por lo cual decía de ella: *Se la elevación de mis manos* (acepta) *como el sacrificio de la tarde* (SALMO 140-2).

También en el corazón puede verse esto, pues el corazón de algunos está vacío, más el suyo era sin cero, por lo que decía de aquellos: *Su corazón está lleno de vanidad* (SALMO, 5-10), mientras dice del suyo: *Hirviendo está el pecho* (corazón) *mío en sublimes pensamientos* (SALMO, 44-2). Y también del oído puede notarse, porque algunos tenían oído de bestias, inhumano e implacable, y para vituperarlos decía: *como el del áspid que se hace sordo, que se tapa las orejas* (SALMO, 57-5); mas el suyo era el receptor de los oráculos divinos, y esto lo declaró diciendo: *"Tendré atento el oído a la parábola, al son del salterio descifraré mi enigma"* (SALMO, 48-5-).

5. EXHORTACIÓN MORAL. Sabiendo, pues, estas cosas, pertrechémonos de virtud por todas partes, y así alejaremos la ira de Dios, y hagamos a los miembros de nuestro cuerpo armas de justicia, y estabizcamos que los ojos, la lengua, las manos, los pies, el corazón y todo el cuerpo sólo sean útiles para la virtud, y recordemos aquellas tres cosas de que hablado he a vuestra caridad, al pedirlos que a nadie tengáis como enemigo, ni habléis mal de ninguno de los que os hayan injuriado, y alejéis de vuestra boca la ímproba costumbre de los juramentos. Y otro día os enseñaré sobre dos mandamientos; pero por esta semana os diremos de los juramentos, comenzando por lo más fácil, porque ningún trabajo hay en vencer la costumbre de los juramentos, si queremos poner un poquito de cuidado, avisándonos mutuamente, amonestándonos, observándonos y exigiendo cuenta y poniendo penas a los que se hayan olvidado.

Porque pregunto yo: ¿cuál es la utilidad de la abstinencia de los alimentos, si no arrojamus las malas costumbres fuera del alma? He aquí que hoy hemos pasado todo el día de ayuno, y por la tarde pondremos la mesa, no semejante a la ayer, sino cambiada y más honesta. Pero ¿es que alguno de nosotros puede decir que hoy ha cambiado la vida, como la mesa, que ha dejado la mala costumbre, como deja la comida? En verdad no lo pienso. Entonces, ¿cuál es para nosotros la utilidad del ayuno?

Por esto exhorto, y no cesaré de exhortar, que tomando cada mandamiento por separado, os dediquéis dos o tres días a cumplirlo. Y así

como hay algunos que se emulan en la abstinencia de alimentos y llevan una contienda digna de ser admirada, y éstos se pasan los días enteros en ayunas, y aquellos retirando de la mesa no sólo el vino y el aceite sino toda clase de viandas, con sólo pan y agua, pasan toda la Cuaresma; así también nosotros contendamos mutuamente, para quitar la frecuencia de los juramentos: que esto es más útil que todo ayuno, más provechoso que toda suerte de austeridad de los manjares pongámoslo en la abstinencia de los juramentos, porque padecemos un mal de extrema demencia, menospreciando las cosas ciertamente prohibidas y poniendo mucho esmero acerca de las indiferentes, puesto que el comer no está inhibido, mas el juramento está prohibido, y nosotros absteniéndonos de las cosas concedidas nos atrevemos con las prohibidas.

Por tanto, exhorto a vuestra caridad para que hagáis alguna mudanza y desde ahora nos deis prueba de ella. Porque si con tanto esmero pasáremos los presentes ayunos, y en esta semana cuidando de no jurar en absoluto, y en la que siga, sofocando la ira, y en la otra desarraigando por completo la detracción, y después corrigiendo muchas cosas más, así adelantando poco a poco llegaremos despacio a la misma cumbre de la virtud, huiremos del peligro presente, tendremos aplacado a Dios, y otra vez la multitud regresará a nosotros y a la ciudad, entonces enseñaremos a los caídos, por la fuga a poner la esperanza de nuestra salvación en la piedad del alma y en las virtuosas costumbres, y no en la fortaleza de los lugares, ni en el refugio, ni en lo escondido. Y así sucederá que alcancemos los bienes de esta vida y de la futura, de los cuales ser dignos se nos conceda por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea dada la gloria en unidad con el Espíritu Santo ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía V.

1. Consolación que recibe el alma recordando los hechos de los Tres Jóvenes metidos en el horno de Babilonia y del justo Job.— Es muy útil este recuerdo.— Ganancia de las tribulaciones.— Quienes pacientemente sufren las calamidades se tornan más esclarecidos.

2. De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado.— El temor de la muerte en el cristiano es un temor pueril.— S. Pablo no temía la muerte, y tú puedes parecerle a Pablo.— Los que esperan la vida futura no deben temer la muerte.

3. Los pecadores deben temer la muerte y por qué es pésima.— Menos es de temer la muerte injusta que la justa.— Causas por que se teme la muerte; por no ansiar los bienes del cielo, por no temer el infierno —referencia a la sedición: miedo que ha quitado otro miedo.— La muerte ha de ser despreciada: por qué.

4. Teme la muerte quien no tiene limpia la conciencia —no la tema el justo.— La tristeza, ¿para qué vale?— No remedia calamidades, pero borra los pecados.— La muerte se vence no temiéndola.

5. Si nos convertimos, Dios nos sacará con bien de la actual calamidad.— Como a los Tres Jóvenes —y a los Ninivitas.

6. Los Ninivitas, bárbaros paganos, se convirtieron al oír las amenazas de Dios por Jonás; nosotros en vez de cambiar de costumbres, cambiamos de lugares; —ellos sin saber de cierto que serían perdonados; nosotros ni aun sabiéndolo— Nuestra salvación no está en huir de la ciudad, sino en alejarnos de las malas costumbres.

7. Evítense los juramentos.— Por qué insiste sobre esto.— Medio eficaz de dominar este vicio.— Provecho práctico de esta homilía.— Jamás hay necesidad de pecar.— La necesidad única es la de no ofender a Dios.— Los vicios se vencen uno por uno, con examen particular.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a El día 9 de marzo pronuncióse esta homilía.

2.^a El pueblo estaba espantado y, huyendo de la ciudad, se iba a los montes, cuevas y lugares ocultos en busca de refugio seguro contra las inminentes amenazas de muerte y asolamiento de la ciudad.

3.^a Con ejemplo, símiles y razonamientos consuela a los oyentes, disipa el temor de la muerte, alienta a enmendar las costumbres y la vida, particularmente la reprobable costumbre de los juramentos y promete grandes y provechosas ventajas, como haya verdadera conversión.

* * *

1. Parece que algo ha consolado a vuestra caridad la narración de los Tres Jóvenes del horno de Babilonia, y también el ejemplo de Job: las tribulaciones del justo y el muladar, más venerable que un trono regio. Porque del trono regio los espectadores ninguna ventaja sacarán como no sea un momentáneo placer, que ningún provecho cualquiera, y mucha enseñanza, y exhortación a practicar la paciencia. Así es que ahora son muchos los que hacen larga peregrinación transmarina a los confines de Arabia para contemplar aquel muladar, y una vez lo han visto, besar la tierra que presencié las luchas del vencedor, y recibió su sangre, de más precio que todo el oro. Pues no hay púrpura que tanto resplandezca cuanto en aquel entonces resplandecía el cuerpo teñido, no en ajena, sino en la propia sangre. Y las llagas aquellas eran de más valor que todas las perlas. Porque las piedras preciosas de suyo a nuestra vida de nada aprovechan, y en los que las gastan no llenan necesidad alguna, mientras que aquellas úlceras son consolación para toda tristeza.

Y par que veáis como esto es verdad, digo: Si alguien pierde un hijo queridísimo, único, enseñale infinitas gemas (perlas, joyas) y no consolarás su dolor ni mitigarás su tristeza: mas si le recuerdas las heridas de Job, fácilmente puedes curarle hablando así: ¡Hombre! ¿Por qué lloras? —En verdad tú has perdido un hijo; pero aquel bienaventurado, habiéndosele quitado toda la corona de hijos, fue además ulcerado en su misma carne, y desnudo estaba sentado en el estiércol manándole podre por todo el cuerpo, mientras que paulatinamente su carne iba consumiéndose; y él, justo, veraz, piadoso con Dios, sin hacer cosa mala, teniendo a Dios por testigo de la virtud. Cuando estas palabras hayas dicho, habrás extinguido toda tristeza del que llorabas y habrás calmado todo el dolor; y así las llagas del justo quedan hechas más útiles que las margaritas.

Por tanto, vosotros representaos también a aquel atleta, y pensad que veis el muladar y al mismo que está sentado en medio del estiércol: una estatua de oro, enjoyada como yo no se explicar, porque ni puedo encontrar materiales tan preciosos para compararlos con aquel ensangrentado cuerpo. En tanto grado la condición de aquella carne era más venerable que la más preciosa sustancia y las llagas más resplandecientes que los rayos del sol, porque éstos alumbran los ojos del cuerpo, pero aquellas iluminan los ojos de nuestra mente, y cegaron casi del todo al diablo. De ahí que después de esta plaga éste se retiró sin que volviese a parecer.

Tú, pues, querido, pondera cuanta es la ganancia de la tribulación. Porque cuando Job era rico y disfrutaba de la paz del justo, Satanás tuvo de qué acusarle, cierto que con mentira; pero tuvo de qué decir: *¿Acaso Job te sirve de balde?* (Job, 1-9). Mas luego que lo despojó y lo dejó pobre, ni a decir palabra se atrevió después: cuando sí que era rico, preparábase a luchar contra él, y amenazaba derribarle, y luego que lo dejó pobre y le quitó toda la hacienda, y lo condujo a un dolor extremo, entonces se retiró: cuando en verdad su cuerpo estaba sano, luchaba, contendía; pero cuando el cuerpo estaba cubierto de llagas, entonces declaróse vencido y huyó.

QUIENES PACIENTEMENTE SUFREN LAS CALAMIDADES SE TORNAN MÁS ESCLARECIDOS. ¿Has visto cuánto mejor es la pobreza que las riquezas, la flaqueza y enfermedad que la salud, la prueba, para los que vigilan, mejor y más útil que la holganza, ya que a los que pelean los hace más esclarecidos y más fuertes? ¿Quién vio, quién oyó luchas tan admirables? Los atletas en los juegos profanos, cuando han herido en la cabeza a los contrarios, quedan por vencedores y son coronados; mas aquí cuando hubo herido el cuerpo del justo Job, plagándolo de toda suerte de úlceras, y habiéndole debilitado mucho, entonces quedó Satanás vencido y se hizo atrás; después que por todas partes le atravesó con tormentos, nada en efecto adelantó, porque no le arrebató el tesoro guardado, y para nosotros lo tornó más esclarecido e hizo que por causa de aquella plaga todos mirasen a lo interior del hombre, y conociesen todas sus riquezas, y cuando confió vencer, entonces con grande ignominia se retiró y no volvió a decir más palabra.

¿Qué ha sucedido, oh diablo? ¿Por qué huyes? ¿No se ha hecho todo cuanto querías? ¿No has matado sus ovejas, ganados, yeguas y mulos? ¿No acabaste con la corte de los hijos y has llagado todo su cuerpo? ¿Por qué has retrocedido? —Porque, dice, sí que se ha hecho todo cuanto quise; pero lo que más deseaba, y por lo que todo lo hice, esto no se ha hecho: no ha blasfemado: que por esto hacía yo todo aquello, para que esto resultase. Al no haber logrado esto, nada gané con la ruina de las riquezas, con la muerte de los hijos, con la plaga del cuerpo, sino por lo contrario de lo que intentaba, he puesto más resplandeciente al enemigo y échole más esclarecido.

¿Conoces tú, carísimo, cuánta es la ganancia de la tribulación? Ciertamente es que el cuerpo había sido pulcro, perfecto; pero atormentado con aquellas llagas se ha tornado mucho más venerable: así como las lanas son bien hermosas antes de ser teñidas, pero adquieren indecible